

## Del silencio

¿Cuál es el problema con el silencio hoy en día? La mente parlorea, la gente parlorea, todo parece parlotear. ¿Qué representa el silencio para que se huya de él? Se le teme al silencio, a los ansiosos silencios donde no hay nada que decir —y se cree necesario decir algo— y a los que nos enfrentan con los sufrimientos y con una dolorosa soledad plena de enredos mentales; automáticamente se encienden aparatos que “acompañen”... Y el silencio cae en el olvido.

Sin embargo, existe una gran necesidad de silencio —y también de soledad—; las ganancias que trae el silencio se extrañan con frecuencia: la conciencia del pensamiento y la posibilidad de detener razonamientos innecesarios o falsos en realidad; el encuentro consigo mismo para el reconocimiento y vencimiento de temores y bloqueos; el aquietamiento y su consecuente tranquilidad. La sabiduría de la tortuga está en que entre más despacio se va, más se avanza; otro ritmo que permita mayor atención, pausado, no pasmado o pasivo, que conecte con el presente que es la vida, permite activar los sentidos, pensar con claridad, actuar con atención y asumir con belleza la vida. Concedámonos más espacios de Silencio; verbal, mental, de corazón, por amor, para descubrir el gran universo que se extiende en su interior.

## Ejercicio

1º Durante un tiempo determinado (puedes empezar por 5 minutos) no pronuncies palabra y procura un ambiente silencioso: no música, no TV, etc.

2º Descansa tu mente... Visualiza que cada pensamiento que tienes lo encierras en un globo y dejas que se vaya... Activa tus sentidos.

3º Llévate este silencio a tu vida. Observa qué pensamientos, palabras o actitudes resultan innecesarios y lo que puedes crear gracias al silencio.

### CONTACTOS:

Ana María Bermúdez Díaz  
 Gino Luque Cavallazzi  
 UNIMINUTO: 291 6528  
 fpv-uniminuto@universia.net.co

## UN VIEJO CALLADO...

(Fragmento de *Momo*, de Michael Ende)

Aún cuando alguien tiene muchos amigos, suele haber entre ellos unos pocos a los que se quiere todavía más que a los demás también en el caso de Momo era así. Tenía dos grandes amigos que iban a verla cada día y que compartían con ella todo lo que tenían. Uno de ellos era viejo... se llamaba Beppo Barrendero. Seguro que en realidad tenía otro apellido, pero como era barrendero de profesión y todos lo llamaban así, él también decía que ese era su nombre.

Algunos opinaban que a Beppo Barrendero le faltaba algún tornillo. Lo decían porque ante las preguntas se limitaba a sonreír amablemente y no contestaba. Pensaba. Y cuando creía que una respuesta era innecesaria, se callaba. Pero cuando la creía necesaria, pensaba sobre ella. A veces tardaba dos horas en contestar, pero otras tardaba todo un día. Mientras tanto, el otro, claro está, había olvidado qué había preguntado, por lo que la respuesta de Beppo le sorprendía.

Sólo Momo sabía esperar tanto y entendía lo que decía. Sabía que se tomaba tanto tiempo para no decir nunca nada que no fuera verdad. Pues en su opinión, todas las desgracias del mundo nacían de las muchas mentiras, las dichas a propósito, pero también las involuntarias, causadas por la prisa o la imprecisión.

Cada mañana iba, antes del amanecer, en su vieja y chirriante bicicleta, hacia el centro de la ciudad, a un gran edificio. Allí esperaba, con sus compañeros, en un patio, hasta que le daban una escoba y le señalaban una calle que tenía que barrer.

A Beppo le gustaban estas horas antes del amanecer, cuando la ciudad todavía dormía. Le gustaba su trabajo y lo hacía bien. Sabía que era un trabajo muy necesario.

Cuando barría las calles, lo hacía despaciosamente, pero con constancia; a cada paso una inspiración y a cada inspiración una barrida. Paso – inspiración – barrida. Paso – inspiración – barrida. De vez en cuando, se paraba un momento y miraba pensativamente ante sí. Después proseguía paso – inspiración – barrida.

Mientras se iba moviendo, con la calle sucia ante sí y la limpia detrás, se le ocurrían pensamientos. Pero eran pensamientos sin palabras, pensamientos tan difíciles de comunicar como un olor del que uno a duras penas se acuerda, o como un color que se ha soñado. Después del trabajo, cuando se sentaba con Momo, le explicaba sus pensamientos. Y como ella le escuchaba a su modo, tan peculiar, su lengua se soltaba y hallaba las palabras adecuadas.

—Ves, Momo —le decía, por ejemplo—, las cosas son así: a veces tienes ante ti una calle larguísima. Te parece tan terriblemente larga, que nunca crees que podrás acabarla.

Miró un rato en silencio a su alrededor; entonces siguió:

—Y entonces te empiezas a dar prisa, cada vez más prisa. Cada vez que levantas la vista, ves que la calle no se hace más corta. Y te esfuerzas más todavía, empiezas a tener miedo, al final estás sin aliento. Y la calle sigue estando por delante. Así no se debe hacer.

Pensó durante un rato. Entonces siguió hablando:

—Nunca se ha de pensar en toda la calle de una vez, ¿entiendes? Sólo hay que pensar en el paso siguiente, en la inspiración siguiente, en la siguiente barrida. Nunca nada más que en el siguiente.

Volvió a callar y reflexionar antes de añadir:

—Entonces es divertido; eso es importante, porque entonces se hace bien la tarea. Y así ha de ser.

Después de una nueva y larga interrupción, siguió:

—De repente se da uno cuenta de que, paso a paso, se ha barrido toda la calle. Uno no se da cuenta cómo ha sido y no se está sin aliento.

Asintió en silencio y dijo, poniendo punto final:

—Eso es importante.



# EL TEMPLO VACÍO

*Intravit Iesus in templum et coepit eicere vendentes et menetes.  
Matthaei [Mt 21, 12]*

Leemos en el santo Evangelio que Nuestro Señor fue al templo y echó de allí a los que compraban y vendían, y a los otros, que tenían comercio de palomas y cosas similares, les dijo: «¡quitad eso de ahí!» [Jn 2, 16]. ¿Por qué Jesús echó a los que compraban y vendían y a los que ofrecían palomas les ordenó que las quitaran de en medio? No dijo sino que quería tener el templo vacío, exactamente como si hubiera dicho: «tengo derecho sobre este templo y quiero estar solo y dominar en su interior». ¿Qué ha querido decir?

El templo, en el que Dios quiere dominar según su voluntad, es el alma del hombre, que ha formado y creado exactamente a su semejanza, según leemos que Nuestro Señor dijo: «¡hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza!» [Gn 1, 26]. Y eso es lo que ha hecho. Tan semejante a sí mismo ha sido el alma del hombre que ni en el reino de los cielos, ni entre todas las magníficas criaturas de la Tierra que Dios ha creado de forma maravillosa, no hay ninguna que se le asemeje tanto como el alma del hombre. Ésa es la razón por la que Dios quiere tener el templo vacío, para que allí dentro no haya nada que no sea él. Por eso le agrada mucho ese templo, que le es tan semejante, y se encuentra tan bien en su interior cuando está solo.

Ahora, ¡prestad atención! ¿Quiénes eran las gentes que allí compraban y vendían y quienes son todavía? ¡Escuchadme bien! Aquí sólo quiero predicar sobre la gente de bien. Esta vez, no obstante, voy a mostrar quiénes eran y todavía son los mercaderes que compraban y vendían, a quienes Nuestro Señor echó a golpes y expulsó; y esto lo sigue haciendo hoy con los que compran y venden en el templo: no quiere dejar ni uno solo dentro. Mirad, mercaderes son todos aquellos que se preservan de los pecados graves y a quienes les gustaría ser gente de bien y hacer buenas obras para agradar a Dios, como ayunar, velar, rezar y cosas por el estilo; todo tipo de obras buenas, y las cumplen con el fin de que Nuestro Señor les dé algo a cambio o que Dios haga algo por ellos que sea de su agrado: todos ellos son mercaderes. Esto hay que entenderlo en un sentido burdo, pues quieren lo uno para dar lo otro y así comerciar con Nuestro Señor. En ese tipo de negocio se engañan. Pues si ofrecieran todo lo que poseen y cumplieran con todo lo que pueden por amor de Dios, si lo dieran y lo hicieran absolutamente todo por su amor, en modo alguno estaría Dios obligado a darles nada, a no ser que quisiera hacerlo gratuitamente. Pues lo que son, lo son gracias a Dios, y lo que tienen, lo tienen por Dios y no por sí mismos. Por eso Dios no les debe absolutamente nada a causa de sus obras y ofrendas, a menos que quiera hacerlo en virtud de su gracia; pues aquellos nada dan de lo que es suyo, ni actúan por sí mismos, tal como el Cristo mismo dice: «fuera de mí nada podéis hacer» [Jn 15, 5]. La gente que quiere negociar así con Nuestro Señor es muy torpe y apenas conoce nada de la verdad, o bien poco. Por eso Dios los echó a golpes y expulsó del templo. La luz y las tinieblas no pueden permanecer juntas. Dios es la verdad y una luz en sí misma. Si, por tanto, Dios entra en ese templo, expulsa la ignorancia, que son las tinieblas, y se revela a sí mismo en luz y verdad. Una vez reconocida la verdad, no hay lugar para los mercaderes, pues la verdad no necesita ninguna mercancía. Dios no busca lo suyo; en todas sus obras está vacío y libre y las cumple con verdadero amor. De forma muy parecida actúa el hombre que está unido a Dios; también él está vacío y libre en todas sus obras y sólo actúa para agradar a Dios y no busca lo suyo, y Dios obra en él.

Aún digo más: en la medida en que el hombre busca en todas sus obras algo de lo que Dios puede o quiere dar, en eso es igual a los mercaderes. Si quieres vaciarte absolutamente de toda mercancía, de forma que Dios te deje estar en el templo, todo lo que hagas en tus obras has de cumplirlo únicamente por el amor de Dios y mantenerte tan vacío de todo como vacía es la nada, que no está ni aquí ni allí. No tienes que pretender absolutamente nada. Si actúas así, tus obras serán espirituales y divinas, los comerciantes serán expulsados del templo, de una vez por todas, y Dios estará dentro solo, pues ese hombre [ya] no piensa más que en Dios. Mirad, es así como el templo está vacío de todos los mercaderes. Mirad, el hombre que no se ocupa de sí mismo, ni de nada que no sea Dios, o por honor de Dios, es verdaderamente libre y en todas sus obras está vacío de cualquier mercancía y no busca lo suyo, de la misma manera que Dios está vacío de todas sus obras y es libre y tampoco busca lo suyo.

También he explicado que Nuestro Señor dijo a los que ofrecían palomas: «quitad eso de ahí». No los echó ni increpó mucho, sino que les habló con bastante amabilidad: «quitad eso de ahí», como queriendo decir: «eso no es [precisamente] malo, pero comporta impedimentos de cara a la verdad pura». Todos ellos son buena gente, que cumplen con sus obras únicamente por amor a Dios y no buscan en ellas ningún beneficio, y, sin embargo, las hacen con apego a lo propio, al tiempo y a la cantidad, al antes y al después. En esas obras reside la dificultad de cara a la [consecución de la] verdad suprema: deberían ser libres y vacíos como libre y vacío es Nuestro Señor Jesucristo, quien en todo tiempo, sin cesar y fuera del tiempo, se concibe de nuevo a sí mismo de su Padre celestial y en el mismo ahora y sin cesar, lleno de gratitud, nace de nuevo, perfecto, en la altura paterna, con igual dignidad. De la misma manera debería ser el hombre que quisiera concebir la verdad suprema y vivir en ella, sin un antes ni un después y sin obstáculo por causa de las obras o las imágenes que haya podido llegar a entender; [podría estar] vacío y libre, concibiéndose de nuevo el don divino en aquel ahora y volviendo a darle nacimiento sin obstáculo en la misma luz, lleno de amor, en Nuestro Señor Jesucristo. De esta manera

las palomas se habrían marchado, es decir, los obstáculos y el apego por causa de las obras, que de otro modo son buenas, y en las que el hombre no busca lo suyo. Por eso Nuestro Señor habló con mucha bondad: «quitad eso de ahí», como queriendo decir: «está bien, pero acarrea dificultades consigo».

[Cuando el templo se vacía,] Jesús dice en el alma. La forma de su decir es que él se revela a sí mismo, así como todo lo que el Padre ha dicho en él, según el modo en que el espíritu es capaz de recibirlo. Él revela la soberanía paterna en el espíritu, con la misma fuerza inconmensurable. Cuando el espíritu recibe dicha fuerza en el Hijo y por el Hijo, él mismo se hace potente en cualquier evento, en todas las virtudes y en toda la pureza perfecta, con el fin de que ni amor\*, ni sufrimiento, ni nada que Dios haya creado en el tiempo, pueda estorbar al hombre, sino que permanezca con poder en el interior, como en una fuerza divina frente a la cual todas las cosas son pequeñas e impotentes.

Por otro lado, Jesús se revela en el alma con una sabiduría infinita, que es Él mismo, en cuya sabiduría el Padre se conoce a sí mismo con toda su soberanía paternal, así como conoce a ese mismo Verbo que es también la sabiduría misma, y todo lo que se halla en su interior, el Padre lo conoce como unidad. Cuando esta sabiduría se une al alma, toda duda, todo error y oscuridad desaparecen de ella por completo y el alma se instala en una luz clara y pura, que es Dios mismo, como dice el profeta: «Señor, en tu luz se conocerá la luz» [Sal 35, 10]. Allí, Dios es conocido con Dios en el alma: así, con esa sabiduría, ella se conoce a sí misma y todas las cosas, y esa misma sabiduría, ella la conoce con Dios mismo; y es con esa misma sabiduría con lo que ella conoce la soberanía paternal en la fecundidad de su potencia generadora y la esesidad esencial en su unidad simple y sin diferencia.

Jesús se revela también con una dulzura y una plenitud sin medida, que brotan de la fuerza del Espíritu Santo y desbordan y fluyen con una plenitud y una dulzura ricas y superabundantes en todos los corazones capaces de recibirlos. Cuando Jesús se revela con esa plenitud y esa dulzura y se une al alma, entonces el alma fluye, con esa riqueza y esa dulzura, en sí misma y fuera de sí misma y por encima de sí misma y por encima de todas las cosas con el concurso de la gracia, con poder y sin mediación, y retorna a su primer origen. Desde entonces el hombre exterior obedece al hombre interior hasta su muerte y queda por siempre en paz al servicio de Dios.

Que Dios nos ayude para que Jesús también pueda acudir a nosotros y rechazar y alejar todo obstáculo y hacernos uno, así como Él es uno, un solo Dios, con el Padre y el Espíritu Santo, con el fin de que nos hagamos y permanezcamos eternamente Uno con El. Amén.

**Maestro Eckhart (c. 1260-c. 1328)**

*El fruto de la nada y otros escritos.*  
Madrid, Siruela, 1998.

\* Entendemos aquí "amor" como apego o amor condicionado (nota de *El Formador*).